

guirnalda de flores naturales que le cruzaban el pecho diagonalmente. La cabeza rubia y altiva de Mariana parecía desafiar desde lejos y con imperio á la pobre mujer de Sulpicio, quien, pálida, anonadada, atónita, dejaba caer sus brazos á lo largo del cuerpo con expresión de profundo abatimiento.

La visión, porque indudablemente era una visión, se le aproximaba como sucede en las pesadillas que sufren los enfermos, á la hora de la fiebre. Adriana sentía la influencia de la mirada altanera é insultante de Mariana. Detrás de la señorita de Kayser, con expresión de dicha inefable, entraba el noble Duque de Rosas, á quien la señora de Vaudrey no veía. Porque sólo tenía ojos para ver á la mujer aquella que se le acercaba en su casa, insolentemente, impúdicamente, para desafiarla, sin duda, después de haberla ultrajado; para insultarla después de haberla engañado.

Adriana sintióse acometida de violenta cólera, y de pronto su ser entero pareció querer arrojarse sobre Mariana para echarla á la calle después de llamarla por el calificativo que se merecía.

Miró en torno suyo instintivamente, con una expresión de abatimiento extraordinario, como una infeliz mujer desesperada que busca en vano un auxiliar ó un defensor.

La palidez mortal de Vaudrey, el gesto suplicante de Lissac con que tropezaron sus ojos, diéronle repentinamente el sentimiento de la realidad. ¡Era verdad! ¡No tenía el derecho de dar un escándalo! ¡No estaba en su casa! Se hallaba en el Ministerio, en un salón casi público, donde aquella mujerzuela tenía casi derecho á entrar como tantas otras perdidas, mezcladas al montón anónimo de los convidados. Para Adriana no se trataba solamente de su honor de esposa ó de su vanidad, sino que se trataba también de la reputación de Vaudrey. Estaba *representando* su papel. ¡Ah! ¡qué palabra! Representando, es decir, ¡en el mismo caso que una actriz á quien no es lícito dar un mal paso en escena! Obligada á sonreír llevando la muerte en el alma, á sonreír sintiendo las entrañas destrozadas, obligada á fingir, á ponerse una careta, á mentir delante de aquel público de invitados, de indiferentes, de enemigos, que, según decía Ramel, hallábanse prontos á sisear y á silbar si no les gustaba la función.

Hizo otro esfuerzo que le destrozó el corazón, y encontró en él energía suficiente para ocultar toda la indignación que la ahogaba.

Cerró los ojos.

Mariana Kayser había pasado, metiéndose con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Simón y Rosas en un surco humano abierto ante ella y vuelto á cerrar en seguida con un gran murmullo de admiración.

Adriana apenas había visto el insolente semblante de la joven, cerca de su abatido y triste rostro, porque no abrió los ojos cuando se aproximaba. No había visto tampoco el relámpago de celos que instintivamente brilló en los ojos de Vaudrey, cuando detrás de Mariana imperiosa, vió llegar á José de Rosas, triunfador. ¡ Ah ! ¡ Esa mirada, esa mirada celosa y encolerizada sí que hubiese traspasado de dolor agudo el corazón de aquella infeliz desesperada ! Aquella mirada que Guy sorprendió involuntariamente, delataba todo el amor lastimado, toda la vanidad herida de aquel hombre, que colocado allí entre aquellas dos mujeres, entre la esposa y la querida, sufría menos por el dolor causado á Adriana, que por la traición de Mariana que lo engañaba, abandonándolo por el español.

Lissac estaba exasperado ; sentía tentaciones de arrojarse entre Mariana y Rosas, y decirle á éste:

— ¡ Estáis loco para acompañar á esa mujer !  
¡ Loco y en ridículo ! ¡ Os engaña como ha engañado á Vaudrey, como me engañó á mí, como engañará á todo el mundo !

A propósito habíase colocado al paso de la señorita de Kayser. Ella había fingido no conocerlo casi, y le había mirado sin parecer emocionarse, con cierta expresión desdeñosa. Su brazo buscó en seguida el de Rosas para apoyarse en él, como si ya estuviese bien segura de haber conquistado definitivamente al Duque.

Tampoco Guy podía dar en aquel baile un escándalo que hubiese redundado en perjuicio de Vaudrey. Acababa de decir un momento antes á Adriana: *¡ valor !* y esa era la consigna que se daba á sí mismo también. Sin embargo, buscaba á Jouvenet para decir en voz baja al dichoso Prefecto de policía lo que pensaba de su canallesca manera de conducirse. Jouvenet había estado allí, pero había desaparecido pronto. Granet, como si hubiese adivinado la preocupación de Lissac, le miraba con aire burlón y murmurando al oído de Molina que estaba á su lado:

— ¡ Alcibiades !

Lissac estaba aburridísimo aquella noche.

Iba de grupo en grupo buscando alguien con quien cambiar ideas, y no encontraba más que á Dionisio Ramel. Por todas partes se oían como en casa de la señora de Gerson ó de la de Marsy, los mismos asuntos de conversación relativos á la pal-



pitante política menuda: lo mismo en esos sitios que en los pasillos de la Cámara, ó que en el salón de conferencias, oíase por todas las habitaciones murmurar las mismas palabras: *Interpelación, mayoría, nuevo Gabinete, homogeneidad, elecciones, escrutinio.*

Guy, fatigado de tanta insipidez, dirigióse de mala gana hacia el salón donde se daba el concierto, donde oía algún trozo de ópera, entreveía por entre un mar de cabezas el perfil desvanecido de una cantante ó de un cómico; escuchaba las carcajadas con que era recibido un monólogo nuevo titulado *El Teléfono*, dicho con voz clara, con una sangre fría digna de un clown inglés, por un caballero vestido de frac y corbata blanca: «*Señores, yo soy Durand..... ya sabéis, Durand, el de Meaux..... Eso es..... una mujer me engaña..... ¿Como lo he sabido? Por el teléfono. Mi amigo Durand..... Durand el de Etampes..... No somos ni siquiera parientes lejanos..... Emilio Durand me había dicho: Durand, ¿por qué no ponéis el teléfono?..... Es verdad que no lo tenía yo..... Durand..... el otro Durand..... Durand el de Etampes lo tiene puesto en su casa..... yo, entonces.....*»

Y Lissac, cada vez más aburrido, se iba de allí, y tropezaba con un grupo de hombres que rodea-

ban á un señorón viejo, muy lleno de cruces y de bandas, que con la gravedad de un diplomático inglés decía:

—No me gustan tanto los monólogos como las canciones picarescas!... Aquí donde me veis, he tomado lecciones de Levassor.

—De Levassor, ¿Vucencia?—respondían en coro unos cuantos sietemesinos calvos que eran diplomáticos.

—¡De Levassor!—replicaba el señorón, que era el famoso embajador de una gran potencia extranjera.—¡Toma! Me hice célebre por mi manera de cantar *La inglesa que se marea en el mar.*

Y en tanto que los gomosos sonreían, aprobaban con el gesto y aplaudían á rabiarse, el anciano embajador, á quien le estaban confiados los intereses de todo un pueblo, tarareaba por lo bajo, en medio del colosal murmullo de aquella recepción, la cancioncita picaresca á que acababa de aludir, entornando los ojos y adoptando actitudes de Lovelace irresistible.

Guy de Lissac se encogió de hombros. Había oído hablar mucho de aquel hombre. El diplomático cancionero le inspiraba lástima y desprecio. ¿Dónde diablos estaría? ¿En París ó en Brives la Gaillarde? ¿En un baile en el palacio del Presiden-



te del Consejo, ó en la reunión de un Gobernador-cillo de provincia?

Hacia un momento que había oído decir á Warcolier esta frase épica:

—Si yo fuese Ministro, daría función de fuegos artificiales, porque es un espectáculo que resulta marcial é inofensivo á la vez.

La voz de un joven que con acento ruso muy marcado hablaba de política en un rincón, le agradó.

—Soy—decía el joven en voz alta—de un país muy singular, de las provincias del Báltico, que se hallan gobernadas por diputados que por derecho de nacimiento están llamados á legislar, y creo que la política es una tarea tan terriblemente ingrata y desagradable, tan fatigosa y molesta, tan llena de sinsabores y de trabajos, que debe uno considerarse muy feliz de que haya personas condenadas á ese suplicio, mientras las demás pasan la vida leyendo, conversando, pensando y amándose.

—¡Gracias á Dios!—decía Lissac para sus adentros.—Este hombre no es tonto. Tal vez tenga razón en lo que dice, porque yo pienso exactamente como él.

Pero iba de una parte á otra, mezclándose en

todos los grupos y oyendo todas las conversaciones como un autómeta. Su pensamiento no estaba allí. En realidad sólo pensaba en Adriana. ¡Cuánto debía sufrir la pobre muchacha!

Había abandonado, con la misma sensación que le produciría un dolor físico y un pesar, la puerta del salón donde había permanecido desde el comienzo de la recepción. Habíase metido por entre los apiñados grupos de convidados que invadían sus habitaciones; había tratado de olvidar en el aturdimiento de aquel ruido, de aquella música, de aquellas canciones, de aquellas risas, de aquel murmullo colosal, producido por la muchedumbre que llenaba sus salones. Había adoptado junto á aquellas damas que examinaban su traje y su prendido, que escudriñaban la causa de su palidez, que analizaban toda su persona, una actitud tranquila al ocupar el asiento que le estaba reservado en el teatrillo. Pero sentada allí, á pocos pasos de ella, se hallaba orgullosa, luciendo su exuberante belleza, la descocada Mariana cuyos blanquísimos hombros destacábanse admirablemente á merced de lo negro de su corpiño de raso. Sin poderlo remediar, Adriana veíase condenada á contemplarla.

A cada momento sentíase irresistiblemente atraída por un movimiento de la cabeza ó del aba-



nico de aquella mujer hermosísima, que se inclinaba al oído de Sabina Marsy y que levantaba en seguida la cabeza mirándola con altivez como si se gozara en su triunfo. Y la cólera de Adriana, todo el dolor de su alma, que estaba disimulando desde hacía algunas horas, crecía por instantes, avivado y aguijoneado por la presencia de aquella criatura cuya actitud, cuya sonrisa, eran un continuo insulto. Creía que iba á enloquecer al pensar que en aquellos labios rojos y pintados había puesto Sulpicio sus labios; que sus manos habían acariciado aquellos hombros, habían destrenzado aquellos cabellos, habían estrechado aquel talle. ¡Ah! momentos hubo en que creyó que no podría contenerse y que se levantaría para gritarle: «Sois una miserable! Marchaos de aquí! Marchaos, digo!»

¿Lo haría?

¿Y por qué no? ¿Acaso tenía nadie el derecho de burlarse de ella, de insultarla en público, porque se hallase en su casa y porque tuviese que representar su papel de señora de un Ministro? Pues qué, ¿aquellos salones del Ministerio no eran suyos?

Parecía que todos cuchicheaban en torno de ella, que las mujeres se sonreían parapetadas detrás de sus abanicos, que ellas y los hombres co-

nocían su secreto y conocían la historia del adulterio de su marido.

¿Por qué no la habían de conocer? Todo París debía haber leído aquel artículo satírico, ofensivo, extraño, titulado *La querida de un poderoso*. ¡Todo el mundo lo habría tal vez aprendido de memoria! Indudablemente, á los ojos de muchas personas de las que se hallaban en sus salones, estaba completamente en ridículo.

¡Sí, sí, había motivo para cometer una locura, para arriesgarse á todo, para romper con todas las conveniencias sociales!

¿Tan poco la conocía el tal Sulpicio, cuando de tal suerte la consideraba insignificante porque era bondadosa y se resignaba á todo, sacrificándose por su amor y por su gloria?..... ¡Ah! resignada hasta la muerte. ¡Resignada, sí, á morir, á vivir en la miseria si era menester, á trabajar con tal de que su marido la amase, con tal de que no la engañara jamás!

¡Y estaba allí su querida!

¡Su querida! ¡su querida! Repetía para sus adentros con verdadera desesperación esa palabra, y la volvía á decir, y la delectaba, y la masticaba interiormente como si fuese algo muy amargo.

¡Su querida era aquella mujer hermosa é insolente! Sí, muy hermosa, pero evidentemente terri-



ble, pero capaz de impulsar á un hombre á todo género de locuras; más aún, capaz de impulsar á todo género de infamias á un hombre tan débil como Vaudrey.

—¡Y ésas son las mujeres á quienes se ama! ¡Ah! ¡imbéciles, qué imbéciles somos nosotras!

Estaba terminando la primera parte del concierto. Adriana se ahogaba. Era necesario que por cortesía, el Ministro fuese á dar las gracias á los artistas de la Ópera y de la Comedia francesa, cuyos nombres figuraban en el programa. Vaudrey tuvo que cruzar el teatro improvisado para dirigirse al salón de descanso que se les había preparado detrás del escenario. Adriana le vió acercarse muy pálido y sonriente. Estaba contrariado é inquieto. Al pasar por delante de Mariana, quiso volver la cabeza á otro lado; pero á su pesar la señorita de Kayser lo detuvo, extendiendo un poco las piernas y dirigiéndole cuando él la miró, una sonrisa significativa y extraña.

Adriana estuvo á punto de desvanecerse. Dió algunos pasos fuera del salón, vacilando. Luego se detuvo como si se le fuera la cabeza. Alguien que estaba cerca se aproximó para sostenerla. Sintió que una mano la cogía el brazo y oyó que le decían en voz baja al oído:

—Es demasiado, ¿no es verdad?

Reconoció la voz de Lissac.

Guy la miraba hacía un instante, comprendiendo muy bien su creciente dolor.

—¡Llebadme fuera de aquí! —murmuró ella.—

No puedo más..... ¡no puedo más!

Tenía prisa por huir de todo aquel ruido, de aquella atmósfera donde le faltaba aire que respirar, de aquella mirada de Mariana, de aquella sonrisa que se le había clavado como un puñal en el corazón. Caminaba como al azar, guiando instintivamente á Lissac, sostenida por él, hasta que llegaron á un gabinete lejos de los salones de recepción que se había reservado para sí, y la puerta del cual hallábase guardada por un criado. Parecía que había adivinado que habría menester de aquella soledad.

Al paso Lissac, que tropezó con Ramel, le dijo en voz baja:

—Decid á Sulpicio que la señora de Vaudrey está indispueta.

—¿Enferma?

—Ya lo veis.

Adriana, en el gabinetito aquel, tapizado de terciopelo granate, donde ardían unas cuantas bujías en candelabros de plata, se dejó caer como si sus



fuerzas se hubiesen agotado por completo, abrumada por la atroz resistencia que había tenido que oponer á sus emociones. Allí permanecía sin movimiento con la vista fija, con las manos apoyadas en los brazos del sillón, pálida como la muerte y contemplando con expresión de loca, los dibujos de los tapices.

Guy, de pie, mordiéndose los labios, pensaba en la insensatez de Vaudrey y en la infamia de Mariana.

—¡Después de todo, ella obedece á sus instintos! ¡pero él!

—¡Ah! es demasiado, sí, demasiado—repetía Adriana como si contestara á las frases que poco antes le había dirigido Lissac.

Parecíale que se hallaba sumergida en la infamia, que acababa de recibir una lluvia de insultos. ¡Aquello era horrible, era repugnante! Veía en el fondo de su vida cosas en las cuales no reparara hasta entonces; de repente lo veía todo. Explicábase algunos pormenores incomprensibles. Las mentiras de Vaudrey se le subían al rostro.

—¡Mentía! ¡ah! ¡cómo me engañaba!

Recordaba su afán de ocultarle los periódicos, sus repetidas recomendaciones, sus medidas de precaución, las sesiones nocturnas que tanto me-

nudeaban y que le ponían de mal color. ¡Pálido de crápula! ¡Y ella tan cándida, que lo compadecía! ¡Y ella tan tonta, que le decía que no se matase por la pícara política que iba á concluir con su vida! ¡Recordaba las furtivas sonrisas burlonas de las *amigas* que asistían á sus reuniones, disimuladas detrás de los abanicos cuando ella hablaba de las sesiones nocturnas en el Parlamento, que eran noches pasadas en el lecho de Mariana! ¡Cómo se habrían reído de ella aquellas parisienses! ¡Cómo se habrían reído de la pobre mujer á quien engañaban é insultaban miserablemente! ¡La señora de Gerson, Sabina! ¡Cuántas burlas formularían acerca de aquella estúpida provinciana que no entendía una palabra de semejantes ardidés!

¡Veíase en ridículo, sentíase atormentada, más atormentada que insultada, porque su vanidad era bien poca cosa al lado de su amor, de su pobre amor despreciado!

—¡Sulpicio!..... ¡Jamás hubiese creído..... ¡Jamás!.....

¿Por qué habrían salido de Grenoble? ¿Por qué habrían abandonado la casita de á orillas del Isere? ¡Allí se amaban! ¡París se lo había arrebatado! ¡París! Ahora aborrecía á la capital. Aborrecía la



fama de Vaudrey, que lo había llevado á las esferas del poder; aborrecía la política maldita que le privaba de un marido bondadoso y enamorado—porque estaba segura de que la había amado de veras—y que lo había convertido en el amante de una prostituta, en el marido adúltero y artero que era en la actualidad

—¡Mirad—dijo de repente á Lissac—eso, estas paredes son las que detesto!

Y señalaba á los riquísimos tapices de la habitación con ademán colérico.

—¡Desde que entré aquí concluyó mi vida! ¡Esto, esto es lo que me lo ha arrebatado!..... ¡Ah! ¡esta sociedad, esta política, estas villanías, esta vida abierta á todos y á todo, á la tentación y á la caída! ¡Me dan náuseas! Siento un disgusto profundísimo y un desprecio terrible hacia todo esto! ¡Que me saquen de aquí! ¡Que me lleven! ¡Parece que por todas partes huele á mentira y á infamia!

—¿Oís? ¡Ella se ríe! ¡Ella es feliz! ¡Y yo! ¡Ah! yo!.....

Habíase puesto rápidamente en pie, recobrando de repente toda su energía, fustigada por los acordes de un baile húngaro que llegaban hasta ella, lejanos, medio perdidos y que arrancaban de los salones donde Mariana exhibía su insultante belleza.....

—¡Ah! ¡Este palacio, ese ruido, esas mujeres—dijo Adriana—son objeto de mi odio profundísimo y terrible! ¡Esa muchedumbre que invade el ambigú, ese salón convertido en restaurant, esos saludos hipócritas, esas protestas triviales de afecto, esa gente, toda esa gente..... la detesto!..... ¡No quiero sufrirla más!..... Me parece que todo eso se burla de mí, y tiene sonrisas y halagos para esa cortesana infame..... ¿Por qué no la habré echado á la calle?..... ¿Quién la ha traído?

—Su tío.... y el señor de Rosas.

—¿El Duque de Rosas?

—¡Que se casa con ella!

Adriana, nerviosa, prorrumpió en una carcajada estridente, dolorosa como el grito de un espasmo.

—¡Que se casa con ella!..... ¡Conque esas mujeres encuentran marido!..... ¡Ah! ¡se casan!..... Y las honran así, ¿no es verdad? ¿Y porque son fáciles las encuentran más hermosas y más agradables que las que somos solamente mujeres honradas? ¡Ah! ¡qué estupidez!..... ¡Rosas! ¡Creí que era un hombre de talento!..... Y si yo fuese á decirle que era la querida de mi esposo, ¿qué me contestaría ese Duque?

—¡No os creería! ¡Y además, vos, señora, no sois capaz de semejante cosa!—dijo Lissac.



—¿Por qué?

—¡Porque eso sería una cobardía y sois la mujer mejor y más noble de este mundo!

Instintivamente se acercaba á ella bajando la voz, envolviendo con una mirada de ternura á aquella mujer bellísima, más hermosa aún en medio de su ardiente indignación.

Levantó sus expresivos ojos para mirar á Lissac, que se turbó ante aquella mirada y dijo:

—¿Y de qué me ha servido serlo?..... La bondad es una mentira..... una mentira es la honradez..... ¡Preguntad, preguntad á todos esos hombres, y todos prefieren á la señorita de Kayser y se ríen de mí!

—En cambio, señora, para vos —murmuró Guy— será todo lo bueno, todo lo honrado, dispuesto á ofrecérselos como un respetuoso homenaje.

—¿El respeto?..... ¡Sí, es verdad, para nosotras el respeto, y con el respeto el hogar! ¡Pero para ella! ¡Ah! ¡para ella el amor!..... ¿Y si yo quisiera ser amada también?

—¡Amada por él!—dijo Lissac en voz muy baja y como si no supiese lo que decía; é instintivamente sus manos buscaban las manos de Adriana, y temblaban.

Un perfume de mujer y algo así como el olor de flores subía hasta él. Jamás había experimentado tal impresión de piedad, impresión que le hubiese hecho intentar lo imposible, desafiar á toda la multitud que invadía los salones del palacio, si aquella santa se lo exigiese.

—¡Amada por él! ¡sí, por él!—respondió Adriana con el movimiento triste de cabeza propio de un ser que ve desaparecer su alegría y su felicidad como si fuese un buque desapareciendo entre las brumas del horizonte.

¡Había sido tan dichosa! ¡Se había creído tan amada! ¡Ah! ¡malditas mentiras de Sulpicio!

—¡No me habléis de él!—dijo de pronto. ¡También lo aborrezco!..... ¡Hago más! ¡lo desprecio! ¡No quiero volver á verlo..... jamás! ¿Lo oís? ¡Jamás!

—¿Qué haréis?.....—preguntó Lissac.

—¡No lo sé!..... ¡Quiero irme!..... ¡Ahora supongo que ya no tengo por qué hacerme violencia para asistir á este baile, ni para hacer los honores á todos esos convidados, cuyas sonrisas me parecen otras tantas bofetadas! ¡Quiero irme! ¡irme!

—¡Adriana!

—¡Irme en seguida!

No le había extrañado al oírse llamar simple-



mente Adriana por Lissac, á quien instintivamente se le escapó esta muestra de familiaridad.

Lo miró sin saber lo que decía, de un modo expresivo y extraño.

—¡Huir ahora! ¡Durante este baile! ¡Dejarlo solo bruscamente! ¡Y si quiere á esa mujer y el otro que va á casarse con ella se la cede!....

Adriana se hallaba fuera de sí, como enloquecida por el dolor, como si todos los esfuerzos hechos aquella noche para dominarse le hubiesen producido una terrible tensión de nervios que la hiciera olvidarse de sí misma.

—¡Sí, quiero irme!.... ¡No puedo volver á verlo!

—¿Irse esta noche?

—A Grenoble.... ¡A cualquier parte!.... ¡Pero huir, huir de él, sí! ¡Sacadme de aquí, señor de Lissac!—añadió, como loca y cogiéndole la mano. Perderé el juicio si estoy una hora más en esta casa!

Y se había refugiado inconscientemente en los brazos de aquel joven que la amaba, y Lissac sentía que aquel cuerpo delicioso se le abandonaba, sin que de ello se diese cuenta aquella mujer, que en efecto se hallaba á punto de perder el juicio.

Guy de Lissac comprendía que en aquel estado excepcional el herido corazón de Adriana no se

daba cuenta de si el afecto de su amigo era sólo amistad ó amor.

Aquel escéptico tuvo una momentánea tentación de cometer la mayor locura que hubiese cometido en su vida.

La joven no comprendía, pero á él en cambio se le alcanzaba perfectamente que, aun sin amor, toda aquella honradez y aquella gracia y aquellos encantos le pertenecerían si se atreviese....

—¡Tenéis fiebre, Adriana!—dijo cogiéndole las manos como á un niño.

—¡Me ahogo aquí!.... ¡Quiero irme!.... ¡Sacadme de esta casa!

—Vamos—dijo Lissac—no penséis en eso.... ¡Acordaos de que vuestra presencia es necesaria aquí!

—¡Pues por eso quiero huir! ¿No véis que me da asco esa gente y que la aborrezco tanto como la desprecio?.... Sacadme de aquí.

Lissac, que se había puesto muy pálido, contempló á Adriana y le dijo en voz muy baja:

—¿No sabéis, señora, que si dieseis dos pasos por la calle cogida de mi brazo, seríais una mujer perdida para siempre?

—Y bien, ¿qué? ¿No son ésas las que logran ser amadas?



—No, señora—respondió Guy. Os amo, puedo decíroslo, porque sois una mujer honrada, y no puedo llevaros fuera de aquí por eso mismo, porque os amo.

También él había llamado á todas sus fuerzas para dar á esa confesión que se le escapaba, el tono frío de una galantería.

Pero era bastante. Adriana retrocedió al oír aquella confesión.

¡La amaba! ¡y se lo decía!

Era verdad; no podía salir de allí cogida de su brazo.

Miró afectuosamente á Lissac, que estaba lívido, y vuelta en sí de repente, le alargó la mano diciéndole:

—¡Sois un caballero! ¡un hombre honrado!

—¡A ratos!—contestó Guy sonriendo con amargura.

Abrióse la puerta del gabinete y apareció Ramel.

—¡He llamado á un médico!—dijo.

—¿Para mí?.....—preguntó Adriana.— Muchas gracias. ¡Soy fuerte!

Y valerosamente, dirigiéndose á Dionisio, le dijo con voz enérgica:

—¿Queréis acompañarme hasta la Calzada de Antin, señor Ramel?

—¿Por qué?

—Porque no quiero permanecer ni una hora más en una casa donde mi marido tiene el derecho de recibir á su querida..... El señor de Lissac se niega á acompañarme..... Dadme vuestro brazo, amigo mío.

—Señora—dijo Ramel cariñosamente—sabía que el señor de Lissac era un hombre de talento, y ahora veo que es un hombre de corazón también. Debéis permanecer aquí por vos, por vuestro apellido, por vuestro marido. Es vuestro deber. Por lo que se refiere á la señorita de Kayser, podéis volver á los salones, porque acaba de marcharse con el Duque de Rosas.

Adriana permaneció un momento mirando tristemente á Ramel, y luego, moviendo la cabeza, dijo:

—¿Conque también vos lo sabíais?..... ¿Conque todo el mundo lo sabía?..... ¡Todos, menos yo!

—Pues bien—contestó Ramel con su sonrisa bondadosa y acariciándose su blanco bigote;—ahora es necesario olvidar.

—¡Eso jamás!—respondió Adriana.

Levantóse, cogió el brazo de Dionisio, y sin dirigir una mirada siquiera al espejo, encaminóse á la puerta del gabinete para volar á los salones del baile.



—¡Vuestro ramo de flores, señora!— dijo Lissac, el cual continuaba muy pálido y cuya voz temblaba.

—Es verdad— contestó Adriana.

Y cogiendo las flores, y sin atreverse á mirar á Guy, salió del gabinete apoyándose en el brazo de Ramel.

Guy de Lissac se quedó solo, moviendo tristemente la cabeza.

—¡Pobre criatura adorada!— dijo.— Si hubiese yo sido bastante joven para no comprender dónde nos conducía su locura, ó bastante depravado para aprovecharme de ella, ¡vaya una tontería gorda que íbamos á hacer esta noche!.... ¡Vamos, tal vez algún día me sea premiado este arranque de noble generosidad!....

Agachóse para coger una rosa que se le había caído á Adriana, y riendo, miróla con cariño y se dijo guardándosela en el bolsillo del frac:

—A todas edades se es colegial. ¡Por lo menos éste es un recuerdo de amor que no irán á robarme de mi casa los polizontes de Jouvenet!

## VII.

Al levantarse al día siguiente después de una noche de fiebre, Sulpicio experimentó una sensa-

ción de total abatimiento moral. Parecíale que había perdido á un ser querido; parecíale que en aquel silencioso palacio había alguien muerto. No se atrevía á presentarse á su esposa, porque no sabía qué decirle. Para bajar á su despacho cruzó por los salones, aun engalanados con las flores ya marchitas de la noche anterior. Hojas arrancadas á las gardenias, pétalos desprendidos de las acacias yacían por el suelo en el abandono propio del día siguiente á una gran fiesta. Los muebles, despojados de sus fundas, tenían cierto aspecto parecido al de las personas recién despiertas, después de una noche de insomnio y de agitación. Sentóse delante de su mesa de despacho, con la cabeza pesada, y empezó á mirar papeles con aire distraído. Siempre lo mismo; un montón de telegramas, de partes oficiales optimistas, de extractos apasionados de los periódicos del día. Nada nuevo, nada interesante. Todo iba bien; la gente estaba cansada y sin ganas de historias.

El Ministro seguía inmóvil, absorto, como después de una noche de dolores y de enfermedad, cuando se presentó Warcolier, que entró en el despacho con su solemnidad acostumbrada, con sus frases rimbombantes y su actitud de dómine. Iba á manifestar al Ministro que se distinguía en el